

Entrada desde la Perspectiva Bíblica

¿Qué es aquello que tiene la eficacia suficiente como para transformar la vida de una persona? ¿Cómo sería una fuerza transformadora capaz de dar un giro copernicano en la vida de alguien? Alguna vez las personas hemos atravesado experiencias de transformación, situaciones, personas o vínculos que nos han puesto de pie, nos permitieron ponernos en marcha, nos cambiaron la vida. Habitualmente experimentamos que determinados encuentros fueron clave en nuestra vida, o porque nos libramos de algo, porque a partir de ellos entendimos algo, tuvimos luz, nos hicimos más conscientes. Encuentros con un otro en los que pudimos abrirnos a una nueva esperanza, a un modo diferente de mirar y de situarnos en nuestra realidad, nos han hecho exclamar alguna vez “a ti te envía Dios”.

Definitivamente hay encuentros que transforman la vida, que abren a nuevos horizontes, que nos cambian la perspectiva y que nos invitan a contagiar a los demás la transformación recibida.

Un recorrido por los relatos Bíblicos podría ayudarnos a poner imagen a esos encuentros restauradores en los que los enviados de Dios se hacen presentes para comunicar a los protagonistas que la vida se abre para ellos de una manera definitiva y son invitados a acogerla. El libro del Éxodo nos narra los encuentros entre Moisés y el Señor en su misión de conducir a su pueblo hacia la tierra prometida:

“Cuando Moisés salía en dirección a la tienda, todo el pueblo se levantaba y esperaba a la entrada de sus tiendas, siguiendo con la vista a Moisés hasta que entraba en la tienda; en cuanto él entraba, la columna de nube bajaba y se quedaba a la entrada de la tienda, mientras el Señor hablaba con Moisés” (Libro del Éxodo capítulo 33, 8-9).

Dios sale al encuentro de Moisés en la zarza ardiente y en la nube. Y la imagen de la nube era el Señor que salía al encuentro personal con Moisés.

El primer libro de los Reyes nos relata el encuentro de Dios con Elías en el monte Horeb, cuando éste escondido en una cueva, huyendo de sus perseguidores, espera el paso del Señor:

“Allí se metió en una cueva, donde pasó la noche. Y el Señor le dirigió la palabra: ¿Qué haces aquí, Elías? Respondió: Me consume el celo por el Señor, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y asesinado a tus profetas; sólo quedo yo, y me buscan para matarme. El Señor le dijo: Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar!” (Libro 1 de los Reyes capítulo 19, 9-11).

Elías descubre la presencia del Señor en la brisa tenue ante la que se cubre el rostro, Dios se le revele a través de una experiencia íntima y silenciosa. Y con este encuentro lo pone en camino.

“El Señor le dijo: vuelve por el mismo camino” (Libro 1 de los Reyes capítulo 19,15).

Y así como Dios salió al encuentro de su pueblo elegido de diversas formas, quiso Él mismo acercarse y envió a su Hijo:

“El sexto mes envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen prometida a un hombre llamado José, de la familia de David; la virgen se llamaba María” (Evangelio de Lucas capítulo 1, 26-27).

Y a todos nos resuena en el corazón este cuadro del evangelio de San Lucas que celebramos cada año en la Nochebuena. Un encuentro que le cambió la vida a María por completo, sus proyectos con José, su imagen, su situación social, sus decisiones. Este encuentro abrió una esperanza para ella y para su pueblo, “los pobres de Yahvé”, los anawin, que esperan en el Señor. María es punto de llegada y de partida de la concreción de una promesa, en el encuentro con el ángel se hace realidad una promesa y se abre un nuevo camino de esperanza.

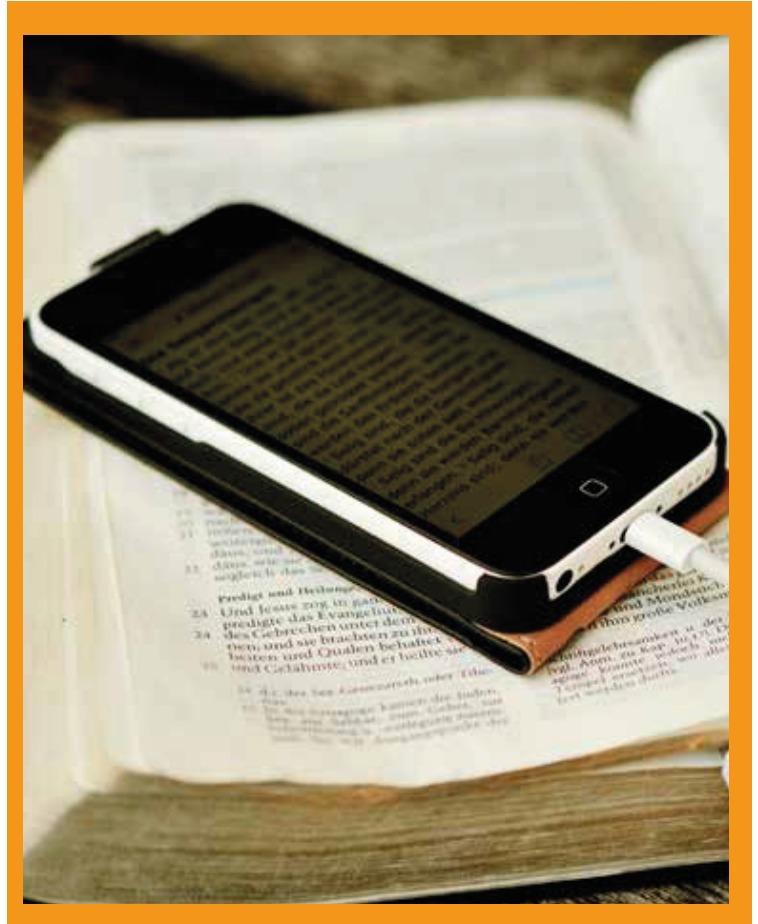
“Yo voy a hacer algo nuevo, y ya está brotando, ¿no lo notan? (Libro de Isaías capítulo 43,19).

María se pone en camino sin demora, el encuentro la pone de pie ante el proyecto de Dios, y emprende la marcha hacia la casa de su prima Isabel. El encuentro de “dos grandes”, un encuentro que gestó la salvación. El Padre que ha enviado a su Hijo, y el Espíritu exclama en Isabel el reconocimiento del don de Dios,

“¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor? Mira, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura dio un salto de gozo en mi vientre” (Evangelio de Lucas capítulo 1, 43-44).

María no puede contener la vida que la habita, el gozo indecible de ser “la elegida” para concretar la promesa que habitaba su corazón, y el Espíritu que la inunda desborda de alabanzas en ella

“Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios mi Salvador” (Evangelio de Lucas capítulo 1,46).



Es el encuentro de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo con todo lo creado, la suprema confirmación para el sí eterno de María al Padre que transformará para siempre la vida en el mundo.

Del mismo modo en que este Dios hecho hombre en Jesús, salió al encuentro de toda la creación en María para librarla de las dinámicas de muerte, también saldrá al encuentro del dolor y del sufrimiento concreto llevando a cada uno en particular la salvación y la vida que cada hombre y mujer necesite. Dios, en Jesús, nos da la vida en abundancia. Ese es el modo de Jesús, su modo de estar en el mundo: salir al encuentro de los suyos y comunicarles su vida. Y de este modo abrir la esperanza a la vida, acoger, abrazar, curar y sanar. Hacer realidad en todo lo creado la promesa de vida y de perdón que alivie el dolor y quite el pecado del mundo. Los encuentros con Jesús son encuentros de Vida para siempre.

“Se le acercó un leproso y arrodillándose le suplica: Si quieres puedes sanarme. Él se compadeció, extendió la mano, lo tocó y le dijo: Lo quiero queda sano” (Evangelio de Marcos capítulo 1, 40-41).

“Viendo Jesús su fe dijo al paralítico: hijo, tus pecados te son perdonados. () Yo te lo mando, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. Se levantó de inmediato, tomó su camilla y salió delante de todos” (Evangelio de Marcos capítulo 2, 5. 11).

“Al entrar en casa, se le acercaron los ciegos y Jesús les dijo: ¿Creen que puedo hacerlo? Contestaron: Sí, Señor. Él les tocó los ojos diciendo: Que suceda como ustedes han creído. Entonces se les abrieron los ojos” (Evangelio de Mateo capítulo 9, 27-30).

Jesús sale al encuentro de la fe que espera y que cree en la promesa de amor y de salvación más allá de las dificultades extremas, de los dolores y los fracasos. La fe de los que creen y la misericordia infinita de Dios revelada en Jesús, son los ingredientes de los encuentros que sanan y que restablecen a la vida.

El encuentro con Jesús es transformador, es el rostro visible de un Dios invisible. La Biblia nos relata en imágenes y cuadros de curaciones y sanaciones que ninguna persona que se dejó encontrar por Jesús, salió igual de aquel encuentro, todo aquél que creyó en la promesa de salvación fue restaurado, reconstruido y restablecido en su dignidad. El encuentro con Jesús vuelve a la Vida, lo que estaba muerto o paralizado

“Entonces dijo al hombre: Extiende la mano. Él la extendió y se le quedó tan sana como la otra” (Evangelio de Mateo capítulo 12, 13).

Hoy, Jesús también sale a nuestro encuentro y del mismo modo nos busca y nos pregunta como el ángel preguntó a María. Esa fue la pregunta que el Padre tenía para ella. Hoy una pregunta nos es dada a nosotros, si permitimos que, el Señor, a través nuestro, siga siendo promesa salvadora para nosotros y para otros. ¡No saldremos iguales de este encuentro! Él es quien puede y quiere reconstruir nuestras ruinas, resucitar nuestras muertes y devolver vida a nuestras parálisis. Él es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. ¡Feliz de ti que has sido invitado a participar de su Vida! Jesús espera por tu respuesta.

- Yo voy a hacer algo nuevo, y ya está brotando, ¿no lo notan? (Libro de Isaías cap. 43,19)
- Claramente he visto cómo sufre mi pueblo que está en Egipto. [...] Por eso he bajado, para salvarlos del poder de los egipcios... (Libro del Éxodo cap. 3,7-8)
- Yo enseñé a andar a Efraín y lo llevé en mis brazos... con correas de amor los atraía, con cuerdas de cariño. (Libro de Oseas cap.11,3-4)
- Si conocieras el don de Dios... (Libro de Juan cap. 4,10)
- He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa a cenar con él, y él conmigo. (Libro del Apocalipsis cap. 3,20)
- En Cristo, Dios estaba reconciliando consigo mismo al mundo, sin tomar en cuenta los pecados de los hombres. (Segunda Carta a los Corintios cap. 5,19)
- El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad... (Carta a los Romanos cap. 8,26)
- Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único... (Evangelio de Juan cap. 3,16)
- El Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que se había perdido (Evangelio de Lucas cap. 19,10)
- “Se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz” (Carta a Filipenses cap. 2, 4).